

LA JUVENTUD SALVADOREÑA

REVISTA MENSUAL

—DE LA—

SOCIEDAD CIENTIFICO LITERARIA DEL MISMO NOMBRE.

EDITOR RESPONSABLE Y ADMINISTRADOR.

JOSÉ MARÍA GOMAR.

TOMO VI.—NUMERO 4

SUMARIO:

I. *La concurrencia del Sistema Parlamentario en el Gobierno salvadoreño, no implica necesidad de reformar la Constitución*, por Fermín Bayona.—II. *Napoleón* (soneto), por Doroteo Forseca.—III. *Un carácter*, por Lucilla Gamero Meneada.—IV. *Profesión de fé* (poesía), por José S. Chocano.—V. *El Arte*, por Nicanor Bolet Peraza.—VI. *Ensueño* (poesía), por J. Antonio Solórzano.—VII. *La vida artificial*, por El Duque Job.—VIII. Bibliografía.—IX. Notas.—X. Miscelánea.

ADMINISTRACION CALLE DE LA INDEPENDENCIA, NUM. 61

SAN SALVADOR, IMP. NAS. 104 AVENIDA SUR.

Abril de 1895.

PERSONAL DE LA SOCIEDAD

JUNTA DIRECTIVA:

Presidente	D. Alberto Masferrer.
1er. Vocal	„ J. Antonio Solórzano.
2º	„ José María Gomar.
Fiscal	„ Leopoldo A. Rodríguez
Tesorero	„ Adrián García.
1er. Secretario	„ Isafías Gamboa.
2º	„ Indalecio Zelaya.

SOCIO HONORARIO

Dr. D. Esteban Castro.

SOCIOS ACTIVOS.

Br. D. Eusebio Bracamonte.	Br. D. Juan Gomar.
„ „ Doroteo Fonseca.	„ „ Alonso Reyes G.
Dr. „ Francisco Espinal.	Dr. „ Víctor Jerez.
„ „ Fermín Bayona.	„ „ Jeremías Martínez.

SOCIOS CORRESPONSALES.

Doña	Vicenta Laparra de la Cerda.	Doña	Amalia Puga de Losada.
„	Clorinda Matto de Turner.	„	Luz Arrué de Miranda.
„	Mercedes Cabello de Carbonera.	Srita.	Lacila Gamero Moncada.
Srita.	Josefa Carrasco.	„	María Guadalupe Reyes.
„	María Springer.	„	Rafaela Turcios C
Lic. D.	J. Fermín Aycinena.	Dr. D.	Rubén Rivera.
„	Manuel Diéguez.	„	Abraham Rivera.
„	Carlos A. Imendia.	„	Ramón A. Salazar.
„	J. Joaquín Pérez.	„	Antonio Batres Jáuregui.
„	Ismael Cerna.	„	Esteban C. Roque.
„	Anselmo Valdés.	Br.	Juan J. Laínez.
Dr.	Désire Pector.	„	Antonio Macías.
„	Joaquín B. Calvo.	Dr.	Simeón Eduardo.
„	Salvador Flamenco.	„	David A. Payés.
„	Enrique Guzmán y Valle.	„	Ramón P. Molina.
„	Carlos G. Amézaga.	„	Santiago Key Ayala.
„	Ricardo Rossel.	„	Carlos Dárdano.
„	Manuel Moncloa y Covarrubias.	„	Francisco A. Reyes.
„	Justo Zaragoza.	„	Baltasar Parada.
„	Carlos Gagini.	Br.	Adolfo Castro.
Dr.	Lucio Alvarenga.	Dr.	Jesús Díaz de León.
„	Nicanor Bolet Peraza.	„	Rafael E. Cháves.
„	Celso Briones.	„	Ezio Monjiardino.
„	Domingo Martínez Luján.	„	Leonidas Pallares Arteta.
„	José Joaquín Palma.	„	Ismael Enrique Arciniegas
„	Sixto Morales.	„	Carlos Fernández Shaw.
„	Nazario Salaverría.	Dr.	Francisco Cárdenas Rodríguez.
„	Próspero Calderón.	„	Vicente Linares.
		„	J. S. Chacano.
		„	Ricardo Palma.

LA JUVENTUD SALVADOREÑA.

REVISTA MENSUAL

DE LA SOCIEDAD CIENTIFICO-LITERARIA DEL MISMO NOMBRE.

Comisión Redactora:

Victor Jerez,

Eusebio Bracamonte.

Dorotea Fonseca.

TOMO VI. |

San Salvador, abril de 1895.

| NUM. 4.

La concurrencia del Sistema Parlamentario en el Gobierno salvadoreño, no implica necesidad de reformar la Constitución vigente.

CONSIDERACIONES.

Atendiendo á los caracteres de nuestros pueblos y á la importancia de las doctrinas parlamentarias oportunamente discutidas por la prensa de los diversos partidos existentes en la República, especialmente del llamado "Parlamentario," con motivo de los últimos acontecimientos políticos, fácil es comprender la profunda impresión que habrá causado á los ciudadanos amantes del orden y de la justicia, la innovación que se trata de introducir en nuestro derecho público, y el interés que habrá despertado en ellos la solución de un problema que encarna el principio de la intervención popular en la marcha del Gobierno, acogido con tanto entusiasmo por la parte más ilustrada de la Nación representada por la juventud.

En esta virtud, el pensador que sigue paso á paso el rumbo de la opinión pública no podrá permanecer indiferente en presencia de la evolución que se está realizan-

do en la vida republicana, y trata de allegar su contingente por la responsabilidad que le correspondería al no intervenir de alguna manera en los asuntos del Estado si llegase á cambiar el sistema establecido, adoptando medidas inconvenientes al Gobierno democrático, ó si no se realizase la mejora político-social de la patria. rechazando, por falta de apoyo ilustrado, esa reforma que según sus propagandistas afianzará los derechos y garantías del hombre con la nueva estructura del Poder público.

En estas consideraciones descansa el interés que me inspira el desarrollo de la *Tesis* propuesta, la cual ha sido tratada, casi en todas sus fases, con lujo de talento y de saber por nuestra inteligente juventud y por nuestros hombres de Estado más respetables. Esto, sin embargo, no obsta para que yo, aprovechando la oportunidad de presentar una producción intelectual á la consideración de la Honorable Junta Directiva de la Facultad de Jurisprudencia, con motivo del acto público previo á mi doctoramiento, trate una cuestión que por su marcada trascendencia influirá extraordinariamente en la condición político-social de mi patria.

TESIS.

La concurrencia del Sistema Parlamentario en el Gobierno salvadoreño, no implica necesidad de reformar la Constitución vigente.

Prescindiendo de la tendencia natural del pensamiento hacia las primeras causas en la concepción de la verdad, me concretaré al desarrollo de la Tesis que motiva este trabajo, sin entrar en digresiones de ninguna especie.

Para llegar á comprender la naturaleza del parlamentarismo no es necesario ir á la remotidad de los tiempos á estudiar la organización de sus gobiernos, ni para convencerse de las bondades que entraña es preciso estudiar las formas de gobierno que han aceptado los pueblos primitivos comparando y estableciendo diferencias con los pueblos modernos, así como tampoco se toca la urgencia de conocer las tendencias de este ó aquel partido político para llegar, convencido, á afirmar que el principio parlamentario es un atributo del Poder Legislativo y por consiguiente adaptable á cualquier forma de gobierno, sea monárquico ó republicano, razón por la cual se explica que los pueblos que tienen en práctica el parlamentarismo han llegado á él inconscientemente, sin apercibirse de la causa, y que los pueblos que no lo practican sienten la necesidad de su influencia y los patriotas se apresuran á buscar los medios para llegar á él. No podría ser de otra manera, desde que el sistema parlamentario es de la naturaleza del Poder Legislativo, le es esencial, y tiene que surgir necesariamente de la condicionalidad de los pueblos mal gobernados por defecto de organización gubernamental. De aquí que el parlamentarismo nunca podrá ser la obra de un de-

creto, ni el resultado de la influencia de ningún partido político, él es, en mi concepto, al Poder Legislativo, lo que la sanción es á la ley; esto es: que el Poder Legislativo sin la forma parlamentaria carece de garantía en su esfera de acción.

Por lo demás, el parlamentarismo, tal como es ó debe ser, con sus formalismos y sus procedimientos, es asunto de mera reglamentación que no vale la pena de una revolución política como pretenden los que lo han convertido en principio de un nuevo partido.

Sin embargo, tratándose de implantar el Sistema Parlamentario en El Salvador, se ha buscado un procedimiento por el cual pueda llegarse á él inmediatamente, y para ello se han escogitado los medios que, al parecer, son los más convenientes. Se piensa que la Dictadura como medio para la reforma de la Constitución vigente en este sentido, dará aquel resultado. Pienso que este procedimiento ha sido sugerido al patriotismo por el deseo de la perfección republicana y que es bien intencionado; pero el sentido común y la ciencia del derecho constitucional lo rechazan desde luego. El fin no justifica los medios.

Hechos prácticos demuestran, en nuestras Repúblicas, que cuando la ineptitud del Mandatario no encuentra la racional solución de los problemas político-sociales, la corrupción política ha aconsejado, como medio salvador, la Dictadura, medida que ha dado como resultado lógico una Constituyente destituida de Soberanía, toda vez que no se origina de la fuente popular sino de la perversidad política, del capricho de un déspota.

Sin embargo, este procedimiento ha sido el observado para emitir Constituciones.

Someter los ciudadanos á la obediencia de ley semejante, so pretexto de que así lo quiere el pueblo porque consiente, cuando tal vez no interviene más que como espectador de la farsa, es trabajar por que los pueblos permanezcan en estado salvaje, objeto distinto de la evolución del pensamiento, y contrario á los esfuerzos del patriotismo que busca la intervención de la soberana voluntad nacional en la organización del Estado, principio único y base firme de la ley fundamental de una nación.

Tenemos, pues, que considerar dos consecuencias igualmente funestas. La primera se refiere á los vicios encarnados en la Carta fundamental por un poder ficticio, el Poder Constituyente que la emite sin la intervención popular, y la segunda es la que afecta á la organización social con la arbitraria Representación Constituyente, de tal manera, que observando los ciudadanos que cualquier déspota impone una Constitución, se retraen hasta la indolencia, y la cosa pública queda en manos de los mercenarios que trafican con la honra nacional.

El simple buen sentido reprobaba el primero de los medios propuestos — la Dictadura — y nadie podrá entre nosotros, justificar este anormal estado, máxime si se tiene en cuenta que nuestras revoluciones ó guerras civiles no han tenido, hasta ahora, otro móvil que los vicios de nuestros mandatarios, pero nunca un vicio en los principios constitutivos que tan sabios han contenido nuestras Cartas. Ello habría sido, acaso, motivo de una revolución de ideas en que los pueblos convencidos habrían concurrido espontáneamente á la reforma del Código Fundamental.

Es, pues, irreflexivo y contra producido pensar en el medio que queda analizado.

La convocatoria de una Constituyente por los procedimientos legales repugna menos al sentido político, porque exponiéndose las razones que existan para la reforma, los pueblos se convencerían y prestarían su asentimiento si así lo creen conveniente, pero para alcanzar tan deseado fin es innecesario, porque como queda dicho, el parlamentarismo es inherente al Poder Legislativo, y siendo constitutivo de la naturaleza de éste, tiene que surgir necesariamente de nuestras costumbres republicanas que nos inducen á buscar el equilibrio que debe mantener á los Poderes de un Gobierno democrático y representativo en una nación bien organizada

* * *

Se dirá que lo expuesto basta como razón alegada en favor ó en contra de una idea, y que lo que se necesita es demostrar la *tesis* de que "la concurrencia del Sistema Parlamentario en el Gobierno salvadoreño, no implica necesidad de reformar la Constitución vigente" y que hay que probar la afirmación de que el parlamentarismo ha sido aceptado naturalmente por los modernos pueblos en donde existen tales procedimientos gubernativos ó administrativos.

El estudio de los principios constitutivos de la naturaleza racional del hombre, por una parte, y las enseñanzas de la historia parlamentaria, por otra, manifiestan la evidencia de este aserto.

En efecto: el hombre, sometido al orden social, siente la necesidad de vivir en armonía con sus semejantes, y por el libre examen de todo aquello que de alguna manera afecta su interés personal, co-

mienza á investigar la razón de ser de un fenómeno que, al mismo tiempo que le proporciona las comodidades que le son propias para el goce completo de su felicidad, en las mutuas prestaciones sociales, le limita, en el ejercicio de sus derechos, la aplicación de sus facultades en el triple orden físico, moral é intelectual, y por este procedimiento, cada día más interesante para él, penetra en la organización social interviniendo en la institución del Estado, de cuya sociedad fundamental es factor principal y necesario y en donde se desarrolla perfectamente al amparo de dos fuerzas contrarias é iguales que la solicitan simultáneamente: esto es, el principio de autoridad influyendo sobre sus acciones y su condicionalidad resistiendo esa influencia; el imperio de la ley moderando sus tendencias y su propia libertad y autonomía procurando conciliar sus mandatos.—De esta conciliación de dos principios opuestos entre sí, pero racionalmente armonizables, nace la lucha entre el Gobierno y los gobernadores, la tendencia á la organización del Estado por los medios que aconseja la ciencia política.

* * *

Ahora bien; admitido como debe admitirse, que los miembros de una sociedad cualquiera deben examinar y conocer perfectamente las leyes á que permanecerán sujetos en la vida común, fácil es convencerse de que este examen y conocimiento de la ley orgánica, deben necesariamente preceder á la organización social, punto de apoyo del principio de autoridad y objeto inmediato del Derecho constitucional.

He aquí la razón en virtud de la cual los pueblos deben consti-

tuírse convenientemente subordinados á este principio. Mas si sucede lo contrario; es decir, si la ley se da á los pueblos sin que ésta sea la manifestación de la voluntad soberana ni responda á una necesidad política ó social, desde luego afirmo que de este modo se verifica un fenómeno extraordinario que anula el derecho y restringe la libertad de los pueblos; fenómeno que nace, como es natural, de la preponderancia arbitraria del Gobierno sobre los gobernados, y esta es precisamente la razón que justifica las luchas políticas empeñadas en mantener ó restablecer el equilibrio en el orden legal. Para lograr este objeto se trata de aplicar los principios del derecho público general á la forma de Gobierno que más se conforme al modo de ser social de los pueblos que la adopten.

En este concepto tienen ellos necesidad de saber cuántas son las formas de Gobierno y en qué consisten esas formas.

En rigor filosófico, dos son las formas de Gobierno que deben admitirse, por ser solamente dos las fuentes de donde mana el Poder público; la voluntad de uno, Poder monárquico; y la voluntad nacional, Poder republicano.

Adoptar el Gobierno que más se conforme con la naturaleza racional del hombre es el ideal supremo de la humanidad, y ese será aquel que circunscrito en la esfera de la justicia garantice todos los derechos y libertades de los asociados en el cumplimiento de sus destinos.

* * *

La autoridad moral, impresa en la conciencia humana por los Patriarcas y que hace pensar á Rousseau en el "contrato social", vino pasando de generación en genera-

ción como elemento orgánico de la Tribu, del Municipio y de la Nación, y conservado aún, pero horriblemente desvirtuado, en la estructura del Gobierno monárquico. Pero aquella autoridad sublime, digna sólo de ser representada por hombres perfectos y obedecida por hijos de familia ú hombres que renuncien su propia condicionalidad, no podía influir de manera alguna en la condición de hombres libres sujetos á ser gobernados por autócratas ignorantes é ineptos, cuyas tendencias se dirigen á oprimir y degradar la naturaleza humana.

Tal es el precedente de la historia parlamentaria y el motivo fundamental de las revoluciones operadas en Europa, encaminadas á fundar la república sobre los escombros de la monarquía. A cambiar la forma monárquica por la republicana se dirige el esfuerzo de las naciones libres y soberanas. Como se llega á esta concepción, es asunto que no ofrece dificultad, si los esfuerzos de las inteligencias se aunan á las evoluciones del tiempo y á los empujes del progreso.

Es innegable que la estructura del Gobierno monárquico, ofrece á la investigación del publicista la anomalía de que el pueblo esté sujeto al capricho de un hombre llámese Rey, Emperador, Czar ó Sultán; que los derechos constitutivos de la personalidad humana estén subordinados á la voluntad de un hombre á quien no se puede contrarrestar en sus determinaciones por estar, sin título filosófico, investido de la suma de poderes de la Nación que gobierna, y por esta causa los hombres de todas las condiciones tienen que desempeñar papel pasivo en la vida civil y política sin poder intervenir en la suerte nacional; pero esas restricciones manifiestamente arbitrarias no pudieron contener los

progresos precedidos por las leyes que rigen al pensamiento, y los hombres de gran corazón, que tienen conciencia de su propio destino, ora por reivindicar sus propios derechos, ora movidos por la suerte de la humana especie, promueven un cambio en el gobierno monárquico, valiéndose de un procedimiento que, sin lesionar los derechos reales, cuya sola tentativa habría valido la vida y destrucción de sus conciudadanos, fuera eficaz al logro de tan justo fin, y con la debida prudencia requerida en tales casos, logran que el pueblo intervenga en la cosa pública, ya por medio de los tribunos en la antigua República de Roma, ó por medio de los Comunes en la Cámara Baja de la Inglaterra contemporánea; y de esta manera han logrado mejorar el procedimiento, aunque sea paulatinamente, hasta llegar á controlar eficazmente la acción omnipotente del monarca por la fuerza incontrastable del derecho.

Buscando, como se ha dicho, aunque sea de una manera paulatina, el *control* deseado, fácilmente se advierte la necesidad de las formalidades y procedimientos peculiares del sistema parlamentario, no para crear un principio sino para poner de manifiesto el que existe en el Poder Legislativo y en virtud del cual éste debe actuar libremente en su esfera de acción.

No sucede lo propio en una República que nace al influjo del derecho de igualdad, ingénito á la naturaleza humana y por el que todos los hombres reconocemos el deber de asociarnos y el derecho de intervenir en la organización del Estado por medio del sufragio libre; y es de esta manera como

se ha organizado el Gobierno en El Salvador, para aparecer en el concierto de las naciones civilizadas, regido por los principios democráticos adoptados por la Filosofía moderna y encarnados en las funciones y atribuciones de tres Poderes independientes, pero bien armonizados para la consecución de los fines que el hombre debe realizar sobre la tierra.

Esta división que no admite la monarquía es precisamente la que hace necesaria una activa intervención del pueblo reflejada en el Parlamento, para controlar la acción del monarca, y aunque esto no siempre se logra porque el monarca tiene el poder del *veto*, el de disolver la Asamblea y el exclusivo derecho de proponer las leyes reales, sin embargo, los pueblos parlamentarios llegarán á eliminar esa reliquia de la edad pasada, para poder libremente desempeñar su augusta misión.

La división de los poderes en el gobierno republicano garantiza suficientemente los derechos individuales y sociales, porque ella lleva en sí un control inadvertido y permanente, de tal manera que hace imposible la supremacía de un Poder sobre los otros, y el parlamentarismo con sus formalismos, sino es absolutamente innecesario, al menos entre nosotros no se ha sentido la necesidad de adoptarlo como forma salvadora.

Se dirá que esta afirmación solo puede sostenerse por ignorancia de nuestras contiendas políticas ó por malicia en ocultar la evidencia de las causas que han originado aquellos acontecimientos. Como la política es ciencia experimental, que funda sus principios en la observación atenta de los hechos históricos, no podemos pres-

cindir de éstos, y en tal concepto voy á entrar en algunas consideraciones especiales antes de demostrar que el sistema parlamentario no se ha puesto en práctica en El Salvador por innecesario y por falta de costumbres democráticas.

Es bien sabido que en las repúblicas hispano-americanas existe una tendencia fatal hacia el despotismo, debido á que el personal del Ejecutivo, contando con medios de corrupción social, logra influenciar en el sentido de sus conveniencias el personal de los otros Poderes, para entonces gobernar á su albedrío. Qué ciudadano honrado no se indigna al ver el cinismo con que nuestros legisladores, sacrificando los intereses de los pueblos, aceptan y hacen todo lo que el poder corruptor les propone? Pues bien, si el Poder Legislativo se presta á tales despropósitos, debemos concluir que la práctica del Parlamentarismo no salva á los pueblos de las garras del despotismo, y es innecesaria en tanto haya hombres que por debilidad ó por perversidad inclinen la cervíz ante el tirano, llámese Rey, Emperador ó Presidente. Sin embargo, esto no quiere decir que el sistema parlamentario no deba implantarse en El Salvador siempre que se garantice la independencia de los otros Poderes Supremos. Sostengo, sí, que para su implantación no es necesario pasar por el estado anormal de la Dictadura, como queda demostrado, ni reformar la Constitución vigente, pues tal proceder equivale á inducir al Ejecutivo á la arbitrariedad, que es precisamente lo que se trata de evitar, ya que esos Gobiernos fuertes é irresponsables son contrarios al principio democrático.

El sistema parlamentario, como consecuencia lógica de la soberanía popular, está constitucionalmente sancionado en El Salvador y no hay necesidad de recurrir á medios reprobados y dilatorios para que sea una realidad.

En efecto: si el Poder Legislativo se forma de ciudadanos honrados, que convencidos de su misión se proponen ante todo el cumplimiento del deber con carácter inquebrantable ¿qué dificultad existe para que en virtud del derecho parlamentario INTERPELEN al Ejecutivo á fin de que, en observancia de lo prescrito por los artículos 7 y 88 de la Constitución, responda, ante aquel augusto Cuerpo, *de los actos que haya practicado en el ejercicio de sus funciones?* Pues tampoco tienen necesidad esos ciudadanos que hacen uso conveniente del *Poder de juzgar* á los Poderes extraños al Legislativo, de ocupar "*la derecha ni la izquierda, ni de subir á la MONTAÑA del Parlamento*" para deducir la responsabilidad á que por el artículo 89 de nuestro Código fundamental están sujetos el Presidente de la República, los Secretarios y Subsecretarios de Estado, de los actos por ellos autorizados. Tampoco está prohibido á la Asamblea llamar á los Ministros cuando se debatan actos relativos á su cartera, ora sobre hechos consumados, ora sobre proyectos sometidos á su conocimiento ó sobre la votación de los Presupuestos; y en esta virtud ¿por qué razón no podría la Representación Nacional hacer que los señores Ministros se sienten en el "*Banco Azul*" para dar explicaciones de su conducta en todo lo que á sus empleos se refiere?

Se me dirá que dado nuestro modo de ser político y las atribuciones que por ahora tiene el Ejecutivo, no es posible la verdadera *interpelación* parlamentaria, y que

aunque la resolución de la Asamblea fuese contraria al Ministerio, este continuaría en su puesto por no estar determinados los efectos en tal caso.

En verdad que nada de contrario tendría este fenómeno en los Gobiernos de Centro-América, pero esta anomalía no es defecto de actual sistema de Gobierno, sino consecuencia precisa de nuestra desmoralización política.

Nos faltan hombres, caracteres, dignidad, antes que leyes y reformas. Carecemos de costumbres republicanas y necesitamos de ejemplos edificantes, que solo los hombres nuevos—la juventud honrada—puede proporcionarnos. Chile es el modelo que más han trágicamente los partidarios de la reforma constitucional. He tenido á la vista su Constitución y en ella no he encontrado los principios que en la nuestra se quieren introducir. Parece que allá los procedimientos parlamentarios han sido establecidos por las costumbres políticas, pero no garantizados por la letra de la Ley. Me gusta el modelo, pero hay que imitarlo en todo. Que la Asamblea, ó mejor dicho los Diputados, se convenzan de su altísima misión y entren de lleno en la senda que les corresponde. También en la Argentina el parlamentarismo se está encarnando en las instituciones por el lado práctico, pero sin tocar la Constitución. En la República, todos los poderes surgen de la voluntad popular. Son los pueblos, pues, los llamados á suprimir el Despotismo, pero llevando al Gobierno *patriotas honrados* que no tengan más objeto, en todas sus determinaciones, que el bienestar general por medio de la realización del Derecho; y cuidando del fiel cumplimiento de los funcionarios

públicos que deben rendir cuenta estricta de sus actos y responder de ellos.

Además, precisa crear la prensa doctrinaria y procurar que el Magisterio difunda doctrinas sanas en el espíritu de la juventud, á fin de que sepa, en lo futuro, apreciar los méritos y los defectos de los hombres de Estado para que se pueda estimular á los primeros y excluir de la comunión política á los segundos.

Se objetará que nada de esto valdrá mientras el Presidente de la República lleve la responsabilidad solidaria con el Ministerio y que se hace necesaria la reforma á la Constitución, al menos para el efecto de nulificar la acción del Presidente y que la responsabilidad sea para el Ministerio.

Para un pueblo enervado, la actividad de los patriotas en el Gobierno es indiferente y tanto le importa la responsabilidad personal como la solidaria. Pero el pueblo en quien concurren las cualidades apuntadas y es amante de sus instituciones; que aprecia en su verdadero valor los derechos que la naturaleza le ha dado y la ley le garantiza: que prefiere, en fin, perder la vida antes que sacrificar su dignidad, ese pueblo, digo, para sostener sus instituciones, cuenta con medios suficientes, ya sea con la palabra desde lo alto de la tribuna, ó con la pluma desde las columnas de la prensa, ó—en último caso—poniendo de manifiesto el derecho de insurrección que se reservan los pueblos libres—con el fusil tras la barricada—hasta dar en tierra con el monstruo que medra á la sombra de las instituciones, posponiendo la honra nacional á viles y rastreros intereses.

Donde el pueblo es el centinela de sus derechos el despotismo no mancha con su inmunda baba las purísimas vestiduras de la Patria, y antes bien *controla* eficazmente la fuerza del tirano con la acción poderosa del derecho y la justicia. Regularmente la indiferencia de los de abajo engendra la insolencia de los de arriba; y es por esto que se ha dicho que son los pueblos los que forman los tiranos, desde el momento en que es imposible que la voluntad de un hombre pueda imponerse á la de cientos ó miles de hombres. La democracia exige actividad infatigable en todos los asociados, y de consiguiente donde ésta falta aquella desaparece.

En fuerza de lo expuesto he de concluir con que es innecesario reformar la Constitución para controlar la acción del despotismo, pues para ello basta poner en práctica, por los medios que dejo apuntados, los principios consignados en ella, y de este modo se logrará en lo futuro el ideal del patriotismo con el afianzamiento de la República. No olvidemos, sin embargo, que el Pueblo debe vivir en permanente actividad por todo aquello que le proporcione bienestar y tranquilidad en la honra de la Patria, porque de lo contrario la República y la democracia existirán únicamente en la forma, ó sea en las páginas de nuestra Constitución Política.

FERMIN BAYONA.

San Salvador, Marzo de 1895.

NAPOLEON.



Genio de la conquista, en s6n de guerra
tremola el autocr6tico estandarte,
y emulando en empuje al mismo Marte
reyes y pueblos 6 sus pies sotierra.

Con bronca voz, que al univeso aterra,
sus fulminantes 6rdenes reparte,
y carga contra el ya postrer baluarte
que 6 su ambici6n omn6moda aun se cierra.

Mas esta vez sus 6mpetus insanos
la suerte no secunda; y la intentona
purga atado por fin de pies y manos.

Mientras cara experiencia le alecciona
en que el m6s colosal de los tiranos
al evento menor se desmorona.

DOROTEO FONSECA.

San Salvador.

UN CARACTER.

A ERNESTINA GALINDO,

Amistad y cari6o.

I

El paseo "Las Rosas," muy con-
currido otras veces, estaba esa tar-
de casi desierto: s6lo un peque6o
grupo se vea, compuesto de tres
se6oritas y cuatro caballeros.

Entre las se6oritas se distinguía
Amelia G6mez, y entre los caba-
lleros, Adolfo Cu6llar, enamorado
de Amelia.

Quien hubiera visto ligeramente
6 la se6orita G6mez, no habría di-
cho, ciertamente, que era hermosa;
per6 si alguna vez recibía los rayos
de sus ojos, unos ojazos grises, algo
tristes y de mirada l6mpida y pe-

netrante, de seguro confesaba
que era encantadora.

Adolfo era un joven elegante,
algo moreno, pero extremadamen-
te simp6tico.

Traviesa era Amelia: miraba 6
todos los hombres con amable in-
diferencia; pero Adolfo era el ob-
jeto de sus graciosas burlas y a-
margos desdenes. Y no se crea
que trataba así al pobre Cu6llar,
porque ella era una se6orita rica y
de familias principales, y 6l un a-
bogado pobre, aunque tambi6n de
estimables familias, no; ella lo tra-
taba así, por algo que no podía ex-
plicarse, algo que yo me s6: su or-
gullo consistía en no amar 6 nin-
gún hombre, y aquel joven varias
veces la dejaba pensativa.

Locamente amaba Adolfo 6 A-
melia; y esa tarde, la tarde 6 que
me refiero, estaba sentado cerca de
ella y la miraba fijamente, con 6x-
tasis amoroso.

A la se6orita G6mez no debe
haberle gustado tan larga contem-
placi6n, porque le dijo con un to-
nilto malicioso:

—Caballero, ¿no le gustan los en-
cantos de la naturaleza?

—Oh, y mucho, se6orita!

—Entonces, puede Ud. deleitar-
se con ellos.

—¿Por qu6 me dice Ud. eso, se-
6orita?

—Porque si continúa como ha
estado, m6s de alguno va 6 creer
que mi cara es carta geogr6fica, y
que Ud. est6 empe6ado en hallar
en ella una ciudad imaginaria.

—Oh, se6orita!.....

Y aquella burla lleg6 al alma
del pobre joven, cuyos ojos dirigi6
6 un lugar lejano; despu6s se puso
6 platicar con Julia, prima de 6l.

A su vez le toc6 6 Amelia fijar-
se en Adolfo:

—Habla con Julia; ¿que le dir6?
.....Julia no es fea: ¿se amar6n?"...

Esto se decía Amelia presa de
inquietud extra6a.

Después, cambiando la sonrisa burlona de su boca por una alegre, le preguntó á Cuéllar:

—Adolfo: ¿concurrió Ud. á las carreras hípicas que hubo el domingo pasado?

Adolfo se volvió en el acto hacia Amelia:

—Sí, señorita.

—Magnífico caballo dicen que es el que montaba el jinete que ganó el premio!

—Es regular.

—¿Sabe Ud. de quién es?

—De Ud., señorita, puesto que pertenece á este su servidor.

—De Ud.? . . . En verdad que no lo sabía. . . . Luego, Ud. está de plácemes!

—Gracias al caballo.

—Me parece que debe sentirse un placer muy grande cuando se obtiene uno de esos espléndidos triunfos hípicos.

—Unos gozan, otros no, señorita.

—¿Y Ud.?

—No creo que pueda llamarse placer lo que entonces sentí.

—¿Cómo! ¿no sintió placer entonces?

—No, señorita.

—¿Y con qué goza Ud?

—Con otras cosas muy distintas á ésa, soñando en imposibles, tal vez.

—Ah, me olvidaba de que Ud, tiene sus ratos de romanticismo; y, según parece, debe estar cautivo de un ideal.

—Dice Ud. bien, Amelia: de un ideal.

Y como la señorita Gámez no le volviera á dirigir la palabra, él siguió hablando con Julia.

Llegada la hora de regresar del paseo, Adolfo dió su brazo á Julia, mientras Amelia, de mal humor, aceptó el de uno de sus primos.

Esa noche no durmió bien la señorita Gámez, y tuvo pensamientos extraños:

—¿Por qué Adolfo no se some-

tía á sus menores caprichos como lo hacían los demás hombres?

Ella había dicho á su íntima amiga Hortensia, hablando de Adolfo:

—Yo lo dominaré.

Y esa noche pensaba hacerlo, esa noche que con motivo del cumpleaños de su madre, había alegre reunión en su casa.

Estaba bellísima Amelia, envuelta en sedas y encajes: su cuerpo sumamente elegante y su actitud activa y graciosa le daban aire de sultancita. Repartía, con suma gracia, á las señoritas cariñosos abrazos, y á los caballeros encantadoras sonrisas; pero sonrisas que llevaban el sello de su boca finísima y ligeramente burlona.

Todos los elegantes habían ido á doblar la rodilla ante la señorita Gámez, y la tenían asediada con vulgures galanteos. Ella, así que se vio libre de ellos, fue á sentarse al lado de su amiga Hortensia. Estaba triste y parecía que algo la preocupaba.

—¿Has visto á Adolfo?—preguntó á su amiga.

—Sí, contestó le ésta.

—¿Dónde está?

—En la otra pieza, con tu madre.

—¿Por qué no habrá venido á saludarme?

—Teme tus burlas. . . . ¡Te ama tanto!

—No, Hortensia, no me ama,—dijo Amelia con abatimiento:—si me amara estaría cerca de mí.

—¿A pesar del desdén con que lo tratas?

—A pesar de eso.

Y esa era la firme creencia de la señorita Gámez.

—¿Y qué quieres que haga Adolfo?

—Que venga á rendirme respetuoso homenaje.

—¿Y si no viene?

—Vendrá, Hortensia, vendrá.

—¿Y para qué quieres que venga?

—Para humillarlo.

—Eres inflexible, amiga mía.

—Estoy acostumbrada á hacer mi gusto en todo.

—¡Pobre Adolfo!

—Quiero, pero con verdadero querer, que Adolfo me ame; que no pueda vivir sin mí, y que venga á decírmelo humildemente.

—Y entonces ¿qué harías tú?

—No sé lo que haría; pero estoy segura de que al arrojarlo demilado sentiría cierta alegría mezclada de profundo pesar.

—¿Lo amas?

La señorita Gámez dijo tranquilamente:

—No sé lo que es amar.

—¡Amelia!

—Basta, Hortensia; ven, vamos á buscar á ese abogado, porque él, según dices tú, me tiene un miedo cerval, y no vendrá.

Adolfo, sin darse cuenta de ello, había herido el indomable orgullo de su amada.

La señorita Gámez se dirigió á la pieza donde estaba Cuéllar, y durante largo rato le dio las espaldas con suma indiferencia. Después, dejó caer su abanico en la alfombra; y al volverse, para recibirlo de manos de un amigo, fijóse en Adolfo que, como siempre, la miraba.

—¡Ah! ¡Es Ud., señor Cuéllar? Dispéñseme que no lo haya saludado antes; creía que Ud. no nos había favorecido con su presencia esta noche, porque no había tenido el honor de verlo antes.

Y recalcó estas últimas palabras con arrogante altivez.

Adolfo, pálido de emoción, se puso de pié:

—Señorita, perdóneme Ud.: estaba Ud. tan ocupada con sus amigos, que no me atreví á ir á distraerla.

—Es Ud. muy amable.

—No tanto como deseara serlo con Ud., señorita.

—¡Ah! . . . Pero dígame ¿por qué no ha ido Ud. al salón de baile? No siempre he estado yo allí.

—¿Ud. piensa, señorita, que Ud. es la causa de que no haya ido yo al salón?

Yo no tengo interés en saber los motivos que Ud. tiene para estar algo retraído, y por lo mismo no he pensado en lo que Ud. me pregunta—exclamó ella con acento burlón.

—Yo sé demasiado que á Ud. no le interesa nada mí; y le ruego dispensarme que le haya hecho esa pregunta—contestó él, con tal acento de altivez, que Amelia se quedó turbada.

Pero el joven abandonó luego aquella altivez para quedar triste y abatido: estaba desesperado y quería arrojarle á los pies de Amelia y decirle:

—¡Búrlate de mí, mátame; pero te amo!

Y ya le parecía oír la fría carcajada, el amargo desprecio con que la joven acogía su declaración amorosa.

Amelia sintió algo de las tristezas de Adolfo y le dijo:

—Hágame el favor de acompañarme al salón: es preciso que Ud. esté contento para que no desacredite la reunión.

Y por primera vez le sonrió con su sonrisa de ángel.

Las palabras de Amelia causaron íntimo placer á Adolfo, quien contestó, olvidando sus enojos:

—Ud. me honra mucho, señorita; la acompañaré con verdadero placer.

Y el suave perfume de la mujer amada le daba vértigo, y el contacto delicioso del brazo de ella en el suyo, le producía embriaguez amorosa.

¿Era aquello un sueño? Amelia le había sonreído. . . . ¡y qué sonri-

sa la suya! . . . Sus ojos, como agobiados de tristeza, lo estuvieron viendo largo rato . . . ¡y qué mirar aquél!

Las dulces armonías musicales completaron el encanto de aquel idilio mudo y amoroso.

Sin saber cómo, Amelia encontróse bailando con Adolfo; él la oprimía con ternura, y ella parecía estar satisfecha, hasta que Hortensia le dijo muy quedo:

—Creo que él ha sido quien te ha conquistado.

Amelia se puso colorada: era verdad; ella lo había llevado al salón. . . Sintió vergüenza de sí misma: debía ser la Amelia despreciativa, la Amelia de siempre.

—Dispéñseme Ud., Adolfo; pero estoy cansada.

—¿Quiere Ud. descansar?

—Sí.

—¿A dónde quiere Ud. que la lleve?

—A la otra pieza.

Y los dos se fueron á sentar cerca de un balcón, donde soplaba viento fresco y agradable.

—¡Qué dulce me parece la vida, Amelia; nunca he sido tan feliz como hoy!

—A mí me sucede lo mismo: esa música tan buena y sentimental nos hace soñar cosas celestiales.

—Sin embargo, á mí no es la música la que me hace feliz.

—Sea lo que fuere, mucho me alegra haber conseguido mi objeto.

—¿Su objeto?

—Sí: ver á Ud. contento. Cuando estaba Ud. al lado de mi madre tenía Ud. una cara tan lánguida que . . .

Y sin concluir la frase se echó á reír mirándolo con una de sus miradas duras como el mármol y frías como la nieve.

Adolfo estaba desconcertado: acababa de vislumbrar la felicidad, y veía otra vez abrirse á sus pies el abismo que ya creía salvado

¿Cómo haría para comprender el carácter de Amelia? ¿Comprenderlo? Era imposible! ¿Se comprenden las tempestades? ¿Se comprende la inmensidad?

—Soy un necio—pensaba Cuéllar—amo á esta joven y élla me desprecia; quisiera morir antes que volver á sufrir sus insultantes burlas. . . . A mí, quiere tratarme como si yo fuera un ente sin razón ni delicadeza: los demás son sus lebreles y al menor capricho de ella me despedazarían; pero yo soy más fuerte que ellos.

La señorita Gámez díjole:

—¿Por qué no vino Chabelita, su hermana de U.?

—Se quedó acompañando á una amiga que está algo enferma

—¿Su prima Julia?—preguntó con ironía.

—No, señorita.

—Creía que era ella, y ya me explicaba el motivo de la tristeza de U.

Él tuvo un arranque de desesperación

—Si Julia fuera la enferma, no estuviera yo aquí, señorita.

La señorita Gámez tembló de cólera:

—“¿Conque al fin de todo amaba á Julia?”

Oh, eso era para volverla loca!

—Tiene U. razón,—dijo ella, levantándose con terrible y despreciativo ademán,—tiene U. razón: sé lo que es amar.

Y pidiéndole permiso, se alejó del lado de él.

Él se quedó absorto, mudo de asombro y de dolor:

—“Ama á otro; y á mí á mí debe odiarme.”

Y las lágrimas de Adolfo sirvieron de gotas de rocío á las flores que, colocadas en magníficos jarrones de china, ostentaban sus bellas corolas irisadas.

Amelia, entre tanto, decía á Hortensia:

—No me había engañado: no me ama.

Pero no se atrevió á decirle que él amaba á otra.... ¡Cómo!.... ¡Había alguno capaz de amar á otra señorita antes que á ella?... ¡Nunca!... La mayor parte de sus amigas se habían casado ya; era cierto, pero con hombres que ella no había querido aceptar por maridos.

Era verdad: Amelia era irresistible, y, lo peor de todo, no amaba á nadie: esa era la creencia de todos sus enamorados.

Hortensia exclamó, estrechando dulcemente las manos de su amiga

—Por más que digas; yo sé que te adora. ¡Lástima que no lo ames tú!

—¿Por qué?

—Porque harían una pareja encantadora.

Amelia suspiró:

—No me vuelvas á hablar de ese joven; no es capaz de interesarme.

Y la señorita Gámez, esa noche, se dedicó por completo á sus amigas.

Adolfo se retiró de casa de los señores Gámez; y en la calle, antes de llegar á su casa, le dijo á un amigo suyo:

—Estoy loco: no me ama Amelia; lo único que me queda que hacer es acabar con mi vida de un pistoletazo.....

—Eso sería indigno de ti; muestrete indiferente, fuerte, y aléjate de aquí para que olvides á esa joven sin corazón, aunque encantadora.

—Dices bien; me alejaré de aquí,—exclamó Adolfo con rabia y riéndose convulsivamente.—Ella sabe que la amo; y la víspera de mi viaje iré á despedirme de ella con una calma que, estoy seguro, la hará sufrir, porque es orgullosa y cree que todos deben desmayarse de amor en su presencia. Yo ¡á qué negarlo? antes lo hubiera

hecho; pero ahora sólo quiero probarle que no la amo, ni la he amado jamás: esa será mi venganza.

III

Blanca como una preciosa azucena, y muellemente reclinada en rica otomana, estaba Amelia cuando le dijeron que un caballero deseaba verla. Sin preguntar el nombre del visitante—que tal vez lo había adivinado ya—dió orden de conducirlo allí donde ella estaba, á su saloncito perfumado, coqueto, donde recibía á sus amigas íntimas, y en cuyas cortinas crujientes, palpitantes, parecía esconderse la risa alegre y retozona de aristocráticas señoritas. Aquel saloncito adornado artísticamente, debía poseer muchos secretos de elegantes jóvenes, dulces unos y amargos otros, revelados al son de armoniosas carcajadas, ó al rodar de ardientes lágrimas....

Amelia seguía blandamente reclinada en la rica otomana; su actitud era emergente y marrullero su fastidio, y en sus labios húmedos no vagaba sonrisa alguna: vestía un modesto y elegante traje color rosa-pálido, moribundo, y con aquella *toilette* estaba adorablemente encantadora. A Adolfo, que entraba en aquel momento á la pieza de élla, debe haberle parecido lo mismo, y creído hecho realidad el ideal que en dulcísimo ensueño azul se había forjado su mente fulgurante de poeta pálido y soñador, porque sin decir una palabra, con ojos chispeantes de amor, tomó entre las suyas, dulce y apasionadamente, la mano delgada, fina, blanca como capullo de azucena, de aquel ángel viviente.....

Adolfo ya no era el Adolfo de antes; rosado, lleno de vida: era otro Adolfo pálido, triste, enfermo de eupatía. Amelia lo contemplaba con amorosa compasión, y dejó

oír su voz dulce, armoniosa como trinos de ruiseñores:

—He estado extrañando que Ud. no haya venido á verme; pero ahora me explico la causa que Ud. ha tenido para no venir: ha estado Ud. enfermo.

—Sí, muy enfermo, señorita—contestó él con acento melancólico.—Y Ud. ¿cómo ha estado?

—¿Yo? . . . Bien; como siempre. Estos días fríos son para mí muy agradables: tienen algo de las brumas que hay en mi alma.

La señorita Gámez hablaba con naturalidad y había en sus palabras un fondo de tristeza que no pasó desapercibido Adolfo; pero luego le volverían aquellos ratos de altivez, aquellos ratos de sultana omnímoda. . . . Bien mirado, élla no tenía la culpa de ser así: ¿por qué los hombres arrastrándose á sus pies y prodigándole un sinnúmero de alabanzas, la habían elevado á la categoría de reina? Ella era reina, y, como reina adulada, despótica.

Adolfo la contemplaba dolorosamente.

—¿“Era posible que joven tan bella, de semblante tan dulce, no tuviera corazón?”

Rachas de aire frío deben haberle azotado el corazón cuando se convenció de que Amelia no era capaz de amar á nadie.

Era preciso romper el silencio, y ella fue quien lo hizo:

—La amiga de su hermana ¿se mejoró ya?

—Sí, señorita. Gracias.

—Y Julia ¿qué hace?—preguntó ella con altivez.

—Dar clases de piano.

—Según me han dicho es una magnífica pianista.

—Así lo dicen, señorita.

—Yo nunca he tenido paciencia para aprender á tocar piano—exclamó Amelia con desprecio.

—Sin embargo, señorita. . . .

—Sí, ya sé—le interrumpió ella con desdén—me va Ud. á decir que eso es una lástima; que tengo muy buenas disposiciones para ello; que á pesar de lo que antes he dicho toco muy bien ese instrumento. . . . Pero, amigo mío, desde que no hay chicuela de colegio que no nos fastidie horriblemente con su incesante repiqueteo, le tengo cierta aversión al piano. No quiero decir, por esto, que no me gusta, sobre todo, cuando oigo piezas tan admirables como las que toca su. . . prima Julia.

El tono malicioso, picante de Amelia, molestaba á Adolfo:

—En verdad, señorita, que Ud. favorece mucho á mi prima; élla se lo agradecerá.

—No la favorezco; es que me precio de ser justiciera.

—Y creo, señorita, que de las mujeres, Ud. es la que más puede serlo.

—¿Por qué?

—Porque, según sus admiradores, Ud. está colocada por sobre todas ellas; y es probable que desde la altura en que Ud. se encuentra las juzgue, más que con justicia, con benevolencia.

—He ahí una cosa que no sabía, y que no me huelgo desaberla—contestó ella con indiferencia.

—Lo creo, señorita; pero no quiero atrasar más á Ud. y permítame que le diga el objeto de mi visita.

—¿El objeto de su visita?

—Sí, señorita: vengo á despedirme de Ud.

—¿Y cuándo se va Ud.?

—Mañana.

—¿Y vuelve?

—Tal vez nunca! Quiero hacerme marino.

La señorita Gámez púsose aún más blanca de lo que era.

—¿Marino! ¿Y no es usted abogado?

—Sí; pero me fastidia esta vida

que llevo, y quiero recibir nuevas y distintas impresiones.

—En verdad que no comprendo su resolución de abandonar su patria, su ciudad natal, donde hay tantas personas que estiman á Ud.

—Y á quienes yo igualmente estimo, pero circunstancias que no puedo decir á Ud. me han hecho tomar esta resolución.

—¿Y si alguien rogara á Ud. que se quedara?

Cuéllar se estremeció:

—Sentiría no acceder á ese ruego, señorita.

—Luego ¿es irrevocable su resolución de irse de aquí?

—Irrevocable, señorita—articuló él, sin atreverse á recibir la mirada de los ojos de Amelia.

¿Qué pasó en el alma de la señorita Gámez, cuando, poniéndose de pié y acercándose á Adolfo le dijo con acento extraño, acento en que el orgullo luchaba con el amor.

—Bien hecho, Adolfo: váyase! y cuando esté en medio del Océano, oyendo el rugir de las olas, sonriase de orgullo, y piense que Ud. ha contemplado algo más tempestuoso que ese inmenso monstruo de agua: mi orgullosa voluntad; y que ha encadenado algo menos encadenable que ese líquido elemento: mi altivo corazón! . . .

Y la extraña joven iba á salir de la pieza, cuando Adolfo, aturdido, sin creer lo que oía, se colocó enfrente de ella, estrechándole las manos con loco apasionamiento:

—¡Amelia! . . . ¡Amelia! . . .

Pero Amelia no olvidaba que acababa de humillarse ante Adolfo, y le dijo con brusco acento:

—Y bien ¿no se iba Ud?! Váyase; yo lo quiero!

—¿Irme ahora? . . . ¡Nunca! . . .

Y la señorita Gámez lo miró allí, casi á sus pies, amoroso y suplicante. . . Se sonrió de satisfacción; y por primera vez aquellos dos corazones se unieron sintiendo la

dulce embriaguez de un amor correspondido. . . .

Después. . . . Se sentaron á hablar de su amor, de sus sufrimientos pasados: recordaron que antes, á las palabras amorosas que estaban para salir de sus labios, sucedían las frías y desabridas. . . .

—Amelia, he sufrido mucho; pero aunque hubiera sufrido el doble, todo lo olvidaría por esta realidad feliz. . . . Tú amarme! ¿qué más quiero?

Amelia lloraba. . . . ¿Lloraría por su vida pasada, su vida de soltera? ¿Lloraría por haber encadenado su voluntad de reina? . . . No; lloraba al recordarlo cru el que había sido para con su amado; pero toda una vida de cariño; el amor de su corazón, rico en ternura, porque nunca la había desperdiciado en amores de un día, borrarían aquel pasado amargo, aquellos días de su amor, brumosos y aciagos.

—Amelia, no sufras; yo tengo la culpa del pasado; ¿por qué no procuré comprender tu carácter? . . . Debí haber sido contigo como eran los demás hombres.

Ella lo miró afectuosamente:

—No, Adolfo; siendo así, no me hubiera fijado en ti: te amé altivo, y altivo quiero que seas; humillado á mis pies, te despreciaría como lo hago con esos muñecos que viven alabando mis extravagancias. Quiero que seas mi compañero; nunca mi esclavo.

Luego, con graciosa sonrisa:

—Ven, acércate al piano, voy á tocarte la única pieza que sé.

—¿Qué pieza tan linda! ¿Cómo se llama?—preguntó él, cuando ella concluyó su música rítmica, cuyo acompañamiento lo hacían los ruiñeños que arrullaban en el jardín.

—“Amo.”

—¿Quién la compuso?

—Tú y yo.

Y, ¡no lo dudes ^{***} mi querida Ernestina! aquella joven altiva, voluntariosa, que no tenía tu carácter angelical y suave, aquella sultancita de voluntad omnívota, fue la amantísima compañera de un hombre á quien hizo verdaderamente feliz.

LUCILA GAMERO MONCADA.

Danlí,—(Honduras).

PROFESION DE FE.

[Para "La Juventud Salvadoreña"]

Yo encenderé ante la mofa,
Ante el odio y el espanto,
Una hoguera en cada canto
Que se agrande en cada estrofa...
Cuando el poeta apostrofa
A la plebe que le abruma,
Rompe nervioso la pluma
Que al despedazarse brilla:
¡La òla rota en la orilla
Luce cambiantes de espuma!

Es el poeta altanero
Quien debe romper el yugo:
¡Siempre al cantar Víctor Hugo
Tembló Napoleón Tercero!
Tirteo, vate y guerrero,
Si en la canción se levanta
En la lid crece y espanta;
Y ante el que le ve y le escucha
Es un poeta que lucha
Y es un guerrero que canta!....

Este siglo en sus enconos
Mil yugos hace pedazos:
¡Es un titán de cien brazos
Que despedaza mil tronos!
Mi canción en varios tonos,
Y siempre en el mismo ideal,
Con ímpetu colosal
Romperá un yugo también,
Y ante las plantas del Bien

Hará arrodillarse al Mal!

Tal vez entre mi palabra
Palpita un mundo en embrión:
¿Acaso sabe el botón
Lo que valdrá cuando se abra?
El canto perfora, y labra,
Y resplandece en la frente....
¿Quièn sabe lo que latente
Una sola frase encierra?
La sola palabra ¡Tierra!
Equivale á un continente.....

Quizá mi destino extraño
Deje que, en brutal empeño,
Lado á lado con el Sueño
Se acurruque el Desengaño....
Me haré grande con el daño
Que me haga el tormento atroz
Cual dice en la Biblia un Dios,
Más vale, como consuelo,
Mirar con un ojo el suelo
Y no el infierno con dos!.....

El dolor cuanto más fiero
Más fuerza da al que traspassa:
¡Es necesario la brasa
Para templar el acero!
Tiene el triunfo verdadero
En el dolor su sostén....
De las sombras nace el bien
Y de el dolor brota luz:
¡Más vale Cristo en la cruz
Que entrando á Jerusalén!.....

Por ley de inercia, la Historia
Siempre brinda al redentor
Tras el ideal el dolor,
Y tras el dolor la gloria:
Cae el diamante en la escoria
Mas no pierde su chispeo.....
Siempre el poeta es un reo;
Y siempre halla en su arrebató
Tras la paloma de Erato
El buitre de Prometeo!....

El que á lo alto sube ciego
No siente soplos de brisa;
Y el crisol se fecundiza
Sólo al impulso del fuego!....
Yo que á las glorias me entrego
Busco por eso el horror

Que en las bregas del dolor
 Todo es limpio y fulgurante,
 ¡Y vale más que un diamante
 Una gota de sudor!.....

Dios se duerme, el vulgo grita,
 Y Cristo sube á la cruz....
 Ah! deeste mundo sin luz
 Sobre la historia maldita,
 Hay una súplica escrita
 Al lado de cada ofensa;
 El espíritu que piensa
 Se llena de horror profundo;
 ¡Y hasta el sol al ver el mundo
 Se enrojese de vergüenza.....

Sólo llevo pocos años,
 Llevo pocas puñaladas,
 Mas cual flores marchitadas
 Caerán todos mis engaños;
 Mas luego en sueños extraños
 Veré las empíreas salas,
 Y el recuerdo de mis galas
 Brotará potente y grave:
 ¡Yo moriré como el ave
 Siempre vatiendo las alas!

JOSÉ S. CHOCANO.

Lima.

EL ARTE

Omnipotente inspiración! yo compadezco á aquel que nó te siente, cuanto admiro á quien te lleva en sí, como parte de su alma, y contigo se eleva á regiones que no tienen términos.

Artistas nacemos todos, porque el arte reside en la naturaleza; sólo que la educación positivista mata su germen.

En donde quiera que el hombre alienta óyese la poesía; deleita la música y ostentan sus creaciones las artes plásticas. Es una necesidad de la vida. Parece la Naturaleza una vastísima Academia. Ella tiene tiernísimos acentos que enseñan al hombre el canto; tiene

colores, luces, sombras y curvas que invitía á imitarlos; tiene misterios hermosos, languidecer voluptosas, que contagian el espíritu haciéndolo soñar poéticamente. ¿En dónde aprendió el león su apostura soberana? En dónde el tigre su asalto impetuoso lleno de majestad y de gracia: y el águila su vuelo imponente; y el ciervo su plantaje irreprochable; y el perro su alerta nerviosidad, llena de inteligente fiereza, modelo de corrección de líneas y de movimientos clásicos? ¿En qué escuela humana aprende la madre á amamantar al hijo de sus entrañas, en encantadora actitud que está tentando al pincel y al buril? ¿Quién enseñó á la rústica doncella el arte de llevar su tosca ánfora al hombro, que á la saciedad copiaron los pintores bíblicos? El pintor no inventa sino compone. El poeta no adivina sino que se inspira en lo creado; el músico no es más que el repetidor variado de la armonía natural; y el escultor es compositor eclético de las perfecciones de la humana forma en la vida sin alma de la estatua. Todos son hijos de la Naturaleza, maestra del Arte y el Arte mismo.

Yo compadezco á los calculadores y á los que pasan su vida amontonando cifras. Se me antojan sensibilidades entorpecidas adrede para que exclusivamente funcione el raciocinio. Yo renunciaría voluntario á descubrir las más estunpedas verdades matemáticas si hubiera de arrancarme, para ello, este amor inmenso que en mi sér llevo por todo lo bello que la Naturaleza me pone por delante, en su espectáculo maravilloso y eterno. ¿Soñador y artista es una misma cosa? Pues soñando quiero vivir. Amo á la humanidad, porque la concibo en la armonía del derecho y la justicia, sublime obra del arte

cuyo modelo tenemos permanente ante los ojos, en la misteriosa armonía de la creación. Enamóramos la idea de los pueblos viviendo soberanos y al mismo tiempo enlazados por atracción del amor recíproco; obra de arte magnífica y maestra, que tiene su dechado en esos mundos que giran autónomos y hermanos, en el espacio que nos rodea. La libertad del hombre me seduce, porque veo al ave que es libre, al río que es soberano, al mar que tiene salvaje albedrío. El monte altivo me hace erguir la frente; el águila audaz prende en mí la noble ambición; el cariñoso agasajo de la brisa para la vela del navegante; el beso del sol para el botón que abre á su calor, me enseñan á amar la debilidad con su ejemplo enternecedor.

Con su verso me arrebató el poeta; con su acento me exalta el tribuno; me transporta la curva morbida de la estatua; me postra de hinojos, con su poder de semidiós, el pintor que hace palpar la tela al contacto de su pincel vivificador; y el músico, con su lenguaje divino, hechiza mis sentidos, disuelve en mí sér cuanto de humano le embarga, me arranca de la tierra, y en espíritu me sube, por su escala de acentos, á la región de la armonía suprema, en cuya infinita sala azul cantan los coros de luz el himno eterno á la Creación.

El pintor y el escultor son enamorados perennes del gran modelo de la Naturaleza hermosa y varia. El Angélico y Pigmalión pintan y esculpen de rodillas; el uno delante de las vírgenes cristianas; el otro á los pies de su pagano ideal. Rafael reproduce sin sospecharlo, en sus bellísimas Madonnas, la imagen querida que lleva en el corazón; y Murillo pone en la frente de sus vírgenes algo que

se confunde con luz de divino rayo ó con beso de amor castísimo, pero amor humano. El sentimiento hace el prodigio de la inmortalidad en todo aquello en que se refleja; y quien trabaja amando su obra, prende en ella algo de su propio sér. El Génesis nos describe al Hacedor, como artista apasionado, remirándose en cada parte del Universo que surge del caos, durante los simbólicos siete días de su trabajo eterno.

Compañero generoso del hombre es el arte. El nos lleva sobre sus alas poderosas fuera del mundo de miserias que nos rodea, y nos conduce á regiones encantadas, en donde desaparece la realidad triste y sombría. Desde allí nos muestra: las cosas gratas, los hombres buenos, la vida dulce y necesaria. La luz se descompone en matices seductores; el ruido en acentos deliciosos. Tiempla el poeta su lira y canta; deslíe el pintor el sol sobre su paleta, y crea; hiere el escultor el duro mármol, y lo hace vivir; y en tanto que trabajan, es como si genios compasivos ciñesen de adormideras sus frentes y enervasen en ellos la reflexión y el recuerdo, dejando tan sólo activo el corazón, como centro de vida y la imaginación como única manifestación del espíritu.

Los pueblos que con más pasión y éxito han cultivado el arte, han vencido al tiempo y á sus leyes fatales. Grecia fue arrasada; pero Grecia vive en sus obras excelsas por todo el mundo. Todavía el viejo Homero camina errante, cantando de pueblo en pueblo sus épicas rapsodias; y Praxiteles, Scopas, Agesandro y toda una pléyade de escultores inmortales desafían á las civilizaciones, á la imposible supeditación de sus mármoles divinos. Peregrinos van todavía los pueblos á Italia, expoliadora de Grecia, á rendir homena-

je al arte expoliado y al arte aprendido en el pillaje por la gran conquistadora, generosa para todo el orbe, tolerante para todas las creencias, en la idea universal del arte. Confúndense en Roma el culto de Cristo en su fe y el culto del paganismo en sus obras supremas. El rayo de las excomuniones hizo pavesas de la antigua fe, pero indultó sus ídolos, que el arte había hecho sagrados. Venus y Apolo, en voluptuosa desnudez, asisten á la pompa de San Pedro; y las figuras semigriegas de Miguel Angel viven recibiendo la fragante humareda que los áureos incensarios de la Capilla Sixtina arrojan á la veneranda cabeza de los Pontífices.

¡Bendito el arte, que inmortaliza las razas, que reúne las civilizaciones, que reconcilia las creencias, que crea el lenguaje universal del sentimiento! Hijo inseparable de la Naturaleza, que con ella nos juntas, yo te debo consuelos inefables en mis tristezas. Por tí he vivido el doble de mis años, en inacabable enamoramiento de tu hermosura; súbdito gozoso de tu mágico prestigio; vicioso incorregible de tu sacratísima embriaguez; ¡creyente ciego de influencia universal!

N. BOLET PERAZA.

ENSUEÑO

Serena era la noche. Por el cielo salpicado de estrellas argentinas, una blanca mujer atravesaba, sobre nubes de rosa sostenida. Llevaba en la siniestra una corona, de hermosas siemprevivas y en la diestra, cubierta de crespones y con las cuerdas rotas, una lira. Parpadeaban llorando los luceros al mirarla pasar. Y la seguían enlutados arcángeles que, tristes,

entonaban solemnes elegías.

Al llegar al zenit, la misteriosa puerta se abrió, y apareció, circuida por un halo de luz esplendorosa, una cándida niña, por lo bella y lo casta, á una virgen del Cauca parecida.

—¡Oh Musa del dolor y de la Tristeza
¿Dónde está mi Efraím? ¡Dame su lira!
¡Esa lira cubierta de crespones
y con las cuerdas rotas!....

—“Oh María!

tu Efraím, tu ternísimo poeta
traspasó los linderos de la vida
terrenal; su alma pura,
desligada del cuerpo, va tranquila
y en rauda vuelo hacia el lugar dichoso,
allá donde tú habitas.

Recibe la corona de laureles,
adornada de blancas siemprevivas,
y esta lira armoniosa
que dio notas dulcísimas”....

Y al recibir las prendas adorables
aquella hermosa niña,
se oyó un suspiro que llenó el espacio,
y en medio de las dos ví que surgía
la figura apacible del poeta,
que lentamente ascendiendo iba,
al son de las antifonas de gloria,
en brazos de su Musa y de María,
hasta perderse en el azul del cielo
salpicado de estrellas argentinas!

JUAN ANTONIO SOLÓRZANO.

Abril, 1895.

LA VIDA ARTIFICIAL.

Leyendo los libros modernos y, más que todo, observando las ocurrencias sociales, échase de ver que nunca ha vivido el hombre vida tan artificial como ahora. Hablo, por supuesto, del hombre que mejor conocemos, del que da color á la civilización, del hombre que vive en las capitales ó en las grandes ciudades. Este es el que tiene un personalidad propia y el

que ejerce influencia efectiva en el desarrollo social. El otro, el hombre del campo, es el sér pasivo. Forma parte de la masa que modelan otros. Obedece á sus instintos; cumple sin objeción ni rebeldía las leyes de la herencia; no pone medios para modificar su idiosincracia; es como lo hicieron. Por una parte, confina con la planta; por otra, con el animal.

Busco, pues, la vida en su máximo de intensidad; allí donde está más arriba, más visible; y esa vida, en los días que corren, es la que encuentro artificial.

Hasta me inclino á creer que ya no hay hombres ni mujeres, propiamente hablando, sino muñecos movidos por alcohol ó morfina, como hay otros muñecos movidos por vapor ó por electricidad. No seremos títeres; pero somos autómatas.

Jamás había necesitado la humanidad civilizada para vivir, para pensar, para amar, para reproducirse, de tantos excitantes como ahora. El hombre, hoy, necesita una fuerza extraña, un estímulo prestado que lo empuje; y otra fuerza enervante que lo postre ó lo obligue á dormir y descansar. Pero por sí solo no hace nada, no se mueve: es un quinqué apagado. El mismo se echa aceite para brillar, para que los demás puedan verlo, llámese tal aceite alcohol, ó llámese café ó llámese éter. Nunca se había usado y abusado como hoy de los estimulantes y de los narcóticos. Parece que ya no podemos ni pensar ni dormir sin ayuda de esas drogas. Nos curamos para enfermarnos diariamente.

Véase la estadística y se observará en qué proporción sube el consumo de alcohol. La embriaguez ha sido positivamente la epidemia del siglo XIX. Y véase luego cómo aumenta el número de locos, de criminales, de suicidas: no

en razón directa del crecimiento de la población, sino de la intensidad de esa neurosis que ha enfermado á todos.

Ese asilo más culminante de la humanidad es París. Allí es en donde la vida suena y resplandece más. Pues bien, estúdiense allí la vida moderna, puesto que ese es el punto más á propósito para estudiarla.

Desde el traje hasta la Exposición, todo es lujo, es decir, vida para afuera. Desde el sermón hasta el discurso parlamentario, todo es comedia. Más que una sociedad, aquello es un teatro. El hombre y la mujer viven para la calle: la ciudad vive para y por los extraños. Marido y mujer abren sus salones, porque, solos, se aburren: la ciudad también se fastidia y convida y llama á los extranjeros para que la aturdan. Hay en todo una inquietud nerviosa, una excitación febril, un deseo de brincar y de gritar, que no pueden ser naturales. Ese estado morboso se observa en los que han bebido con exceso, en los dementes, en los epilépticos, resumiendo, en los enfermos; pero no en la gente sana.

El crimen mismo reviste caracteres teatrales. No es el crimen antiguo, el crimen de melodrama, el crimen brutal, el crimen inocentón ó ignorante ó instintivo; no, es el crimen artístico, refinado, hasta elegante, el crimen que se exhibe con coquetería. Jack el destripador es una bestia: Gabriela Bompard es una artista.

La literatura, que es el espejo de la vida social, da buena prueba en Francia de lo que llevo dicho. Todo en ella es artificial: hasta el naturalismo que parece lo más maticado. Ya, antaño, cuando leía alguna novela de los hermanos Goncourt, me decía yo: esto es encantador, hechicero no sé si lo gusto con los ojos ó con los oí-

dos, no sé si es mosaico ó música; pero esas palabras no son palabras, esas ideas no son ideas, esos personajes no tienen vida propia: estoy mirando vistas disolventes. Jorge Sand hablaba en francés. Estos señores hablan en otra lengua más bonita.

Pero ya ahora las preciosidades y rebuscamientos de los Goncourt se han quedado muy atrás. Lee uno á Peladan, por ejemplo, y se asombra de entenderlo, si es que lo entiende. ¡Qué es ello? Francés no. ¡Qué kaleidoscopio de palabras y qué descoyuntamiento de ideas! Diríase que la literatura francesa es ahora un admirable circo en el que hay atletas, trapezistas, *ecuyéres*, *elowns*, arlequines, gimnastas que hacen extraordinarios juegos malabares, que dan saltos mortales, que andan con las uñas de los pies por una cuerda y alzan, como Zola, pesos enormes en sus hombros.

Leo los versos de Verlaine, y me pregunto: ¿qué he leído? No son versos. . . . unos no tienen rima otros no tienen metro. . . . el pensamiento está en algunos tan enharinado, que no acierto á distinguir sus facciones. . . . me gustan porque acaso yo también padezco de esta vida moderna. . . . pero ¿qué son?

Leo deleitosamente las poesías de Catulle Mendés. ¡Qué encajes de aire! ¡Qué filigranas de sonidos! ¡Qué sinfonías de color! Pero ¿qué dicen? . . . ¿Puede eso traducirse? . . . Yo lo entiendo porque todos estamos hablando en una lengua extraña, artificial y que no tiene nombre. Pero ¿lo entenderán nuestros descendientes?

En Francia hay actualmente pocos poetas sanos. Coppée y Sully Prudhome—hablo de los ilustres... si me lo parecen, porque Leconte de Lisle ya es, y acaso lo fue siempre, un olvidado. La mayoría de

los otros poetas es: mayoría de enfermos. Rollinat ve gatos que lo ahorcan con la cola y perros que le encajan los colmillos en la carne. Richepín parece atacado del delirio de persecución y blasfema como un ebrio; otros, andan con movimientos de loco queriendo atrapar una palabra nueva ó detener un sonido que se va, y esos me hacen el efecto de aquel demente que quería lanzar un chorro de agua. Pero en el fondo de esas extravagancias hay algo morboso. Antes se decía que el genio es una enfermedad. Hoy hasta el talento es una enfermedad.

Revélase en toda esta literatura la presencia del alcohol, la de la morfina, la del éter. No hay verdadero amor ni verdadera voluptuosidad en ella. O son los instintos los que hablan brutalmente en tales libros, ó la imaginación de un hombre agotado que ya solo goza con la imaginación. ¡Todo artificial! ¡Todos enfermos!

Zola ve todo lo feo muy grande. . . . y le gusta lo feo. Los *simbolistas* y los que cultivan la literatura *budista*—hoy tan en moda—ven todo muy raro y egipciamente. Bourget, escudriña muy bien los corazones. Pero, ¿qué corazones tan complicados! No son de una pieza. Tienen pliegues y repliegues. Parecen corazones en zig-zag.

No puede asegurarse, al concluir la lectura de tales libros, si esos personajes son buenos ó malos, ni si merecen ó no castigo; porque todos obran como en virtud de extrañas fuerzas ó de irresistibles tendencias.

Por eso digo que en la vida moderna la personalidad humana se ha empequeñecido. Algunos resultan ser las víctimas de sus abuelos; y porque el abuelo se emborrachaba, ellos matan. Otros—ahí

está el hipnotismo—obran por sugestión.

No se ama por amar, sino por curiosidad ó por deseo de hacer daño. No se casa uno para tener hogar ni para tener hijos, puesto que según la última estadística francesa, la tercera parte de los que nacieron durante los últimos diez años, son de padres desconocidos. No se vive para sí, en pantuflos, dentro de la casa, sino de frac ó de levita; para el salón ó para la calle. Ninguno sabe quién es ni tiene la responsabilidad de sus acciones. O somos títeres, ó somos autómatas; pero ya no somos hombres.

Y lo peor es que habiendo suprimido á Dios, ya no sabemos quién mueve nuestras pitas, ni si habrá quién nos pague, al fin de la comedia. Lo único cierto es la caja en que se guarda el títere.

Para apuntalar esta existencia ruinoso recurriremos á los excitantes que por un momento la reaniman; y, para no pensar, á los narcóticos. El café ya nos parece un inocente chocolate de las *Tardes de la Granja*. La estriénina, que antes era para los perros, hoy es para los hombres. Para vivir necesitamos envenenarnos. Para morir no necesitamos de nadie.

Hay mucho alcohol, mucha morfina y mucho éter en la vida moderna.

EL DUQUE JOB.

BIBLIOGRAFÍA.

UN PEREGRINO.

Así se titula un libro de Juan Coronel, publicado recientemente en Guatemala, en la Tipografía Moderna. La obra contiene 303 páginas. Es una colección de artícu-

los sobre varios asuntos: Política, Literatura, Amor.....

Son cuadros de la vida de *un peregrino*, de un joven que hace tiempo no contempla, desde lejos siquiera, las costas de su patria.

Juan Coronel es uno de los colombianos proscriptos. Es joven; apenas tendrá 25 años. Escribe como un hombre lleno de experiencia. Su libro es su historia.

No se podría decir á qué escuela literaria pertenece Juan Coronel; yo sólo diré que su libro está escrito *en castellano*. El estilo es levantado, y las ideas hermosas; tiene pedazos admirables. El autor ha leído mucho, y bueno, según se puede comprender leyéndolo á él.

Hay en este libro varias páginas referentes á la revolución de 1885, en que cayó el partido liberal de Colombia. Allí está condenada la traición y enaltecido el verdadero patriotismo. Al leer estas páginas, parece que uno asiste á un desfile de gigantes: es que pasan los héroes de aquella lucha titánica, de aciaga memoria. A la cabeza de todos va Ricardo Gaitán. Escenas de ese drama sangriento están descritas con tal lenguaje, pintadas con tan vivos colores, que yo he arrojado el libro, poseído de un dolor inmenso y de una santa cólera.

No quiero detenerme en este asunto, porque, exaltado por el recuerdo de tales acontecimientos, llegaría á decir lo que no estaría bueno que se dijera aquí.

Los artículos de Coronel sobre socialismo, son nerviosos, febriles, vehementes, escritos con pasión; él llama sus hermanos á los pobres: lucha por los que no pueden luchar; por los que gimen y se mueren abajo, oprimidos por el tacón de los de arriba. Comprende tanto el deber como el derecho, y ama la justicia y la libertad.

Hay un artículo titulado "Semblanzas" y otro "La Juventud" en que el autor hace ligeras apreciaciones sobre la personalidad literaria de varios escritores y poetas venezolanos. En el primero de los artículos citados figuran entre otros, J. P. Rojas Paúl, Aristides Rojas, J. A. Pérez Bonalde, Domingo Ramón Hernández y José Antonio Calcaño. Entre los jóvenes están Gil Fortoul, López Méndez, Romero García, Zumeta, Robles (Sebastián Alfredo), Torres Abandero, y los hermanos Muñoz. No hay acerca de sus obras lo que podría llamarse un juicio crítico; como he dicho, el autor de *Un peregrino* sólo hace apuntaciones rápidas, señalando aquí un rasgo notable, allá una impresión personal.

La religión de Coronel es la Conciencia. Su dios es el Trabajo.

El joven escritor ha tenido grandes padecimientos. El sabe que hay abrojos en la senda, y ríe de los que sueñan con las flores. Es un escéptico. "El dolor, mi amigo, me dijo una vez, mató en mi corazón toda creencia"..... ¡Qué triste es llegar á convencerse de que todo es mentira!—*Un peregrino* tiene páginas salpicadas de lágrimas. Allí están los gritos del que ya nada espera; los anatemas del patriota; los ayes del desterrado que gime lejos del suelo natal, y que no tiene en sus horas de angustia el beso indefinible de la madre, la sonrisa celeste de la hermana.

Pero en medio de tanta lobreguez hay algo como un rayo de aurora, es un capítulo titulado CARMEN, y que empieza así: "Jamás pronuncio ese nombre sin sentir una emoción vivísima, sin recordar que antes fui dichoso por el amor y gimo ahora en las soledades sin término del abandono"—"Oh! Carmen, mujer

adorada con la vehemencia de la primera pasión, culto entre los escasos no abandonados por el alma mía, encanto de mi pasado, dulce enemiga de mis sufrimientos, yo te consagro unas pobres hojas de este libro, como débil prueba de que dejé tu amor hondos surcos en mi corazón".....

CARMEN es la página íntima; es la que lleva uno dentro el alma, pura como la hostia que allá esconden en el sagrario del altar. CARMEN es amor. ¡Cómo en la historia de una vida había de faltar este capítulo, que es siempre la parte más hermosa ¡ay! y más triste?

En medio de sus luchas y quebrantos, el oscuro peregrino vio una tarde unos ojos que se fijaban en él, unos labios que le sonreían. Ved lo que escribe pocos días después. "Ahora soy dichoso: hay una ventana por donde se abre la gloria para mí; acaricio una mano entre mis manos, y á su contacto yo me transformo en generosidad, en grandeza, en brazo que levanta al enemigo caído. Siento una respiración junto á la mía, me veo retratado en los ojos con que sueño, una boca de mujer dice á mi oído: te amo, tuya soy! Dolor, no es verdad que existas; miserias, yo soy opulento; cielo, qué bello es tu azul; muerte, respétanos, que el amor debe ser inviolable para tí!".....

¡Oh esto es sublime!

¡Dios mío! cómo es posible que el azul de ese cielo se oscurezca, que las aves de las esperanzas y de las ilusiones abandonen el nido que fabrican en nuestro corazón!

Después la ola del Destino se llevó al amante lejos de su amada, y él, desventurado, no ha vuelto nunca más á saber de ella, y ella nunca de él.

Con este párrafo terminan esas

páginas santas: "Oh! amiga querida! ya nuestros corazones no pueden encontrarse, si es que aun vivos. Tanto he padecido, que sólo confío en la soledad. Un día ú otro, la camilla del hospital recogerá mi cadáver; pero sabe que entre las visiones de esa última hora, amarga porque sonará en el ostracismo, tú serás, inolvidable Carmen, una de las resplandecientes visiones que cierren mis ojos de proscrito!"

¡Ay! infeliz de mí, que puedo comprender la espantosa amargura de esas líneas!.....

ISAÍAS GAMBOA.

NOTAS.

LA CODORNIZ.

Llamábase Elena de Naires, y en plena juventud y en plena belleza minábala sordamente la tisis.

Los médicos la enviaron al Mediodía, y, á las primeras heladas, abandonó con su marido, Rogelio de Naires, que la adoraba, su hermoso nido campestre de Avelles, para instalarse en Baulieu, en las inmediaciones de Niza.

El cambio de clima y la suavidad del aire ejercieron al principio una acción saludable en el estado de la enferma.

El enamorado esposo estaba encantado y bendecía la mágica influencia de aquella tierra milagrosa.

Pero Elena no se equivocaba, pues un sutil presentimiento le revelaba, sin duda, los pérfidos progresos de la dolencia.

Con efecto, el mal seguía su marcha y conducía á la paciente hacia un fatal desenlace.

Sólo Rogelio no notaba la alteración en la salud de su esposa,

confiado en un próximo restablecimiento. Marido y mujer daban largos paseos por los floridos senderos, durante los cuales daba el esposo rienda suelta á sus ensueños de esperanza.

Sin embargo, cuando llegaron los calores de abril, la debilidad de Elena se acrecentó de un modo visible.

La infeliz no tenía fuerzas para andar y únicamente daba vueltas por el jardín, entre los narajos cuya robusta florescencia surgía por todas partes con crueles ironías.

En cierta ocasión oyeron Elena y Rogelio un característico canto de ave: tres notas, la primera prolongada y breves las otras dos.

—Oyes?—dijo Elena—es el canto de la codorniz, el mismo que solíamos oír en los campos de Avelles.

—Sí—contestó Rogelio—el mismo que volveremos á escuchar allí en agosto.

—Nó—repuso Elena — porque no podré volver á nuestro castillo. Estoy condenada á morir y aquí exhalaré el último suspiro. Lo sé, porque ayer oí que el médico lo decía al despedirse. No lo niegues, porque estaba yo escondida tras de una puerta.

Rogelio trató de protestar contra aquellas palabras y cubrió de besos á su compañera.

—Sí—añadió Elena —me moriré pronto, tú te volverás á Avelles, y después de haberme llorado por espacio de algún tiempo, me olvidarás y te consolaras con otra....

—Te juro....

—Nó, Rogelio, no me jures nada. Oye el canto de la codorniz bajo los olivos. Cuando vuelva á cantar en la próxima primavera, ya no te acordarás de mí.

Según su propio presentimiento, Elena murió en su quinta del Me-

diodía, y Rogelio, henchido de dolor, regresó á Avelles, acompañando el cadáver de su esposa, que fué enterrado en el jardín del castillo.

Durante los primeros meses que se sucedieron, el pobre viudo no salió de las cercanías de su casa, consagrado exclusivamente al recuerdo de la que fué su amadísima consorte.

La soledad en que vivía le era tan necesaria como dolorosa.

Sentía la nostalgia de las caricias de otros tiempos y la alegría de los campos despertaba en él una necesidad de amar que casi llegaba á avergonzarle.

Hallábase una tarde de agosto asomado á una ventana, cuando de pronto oyó en los sembrados las tres notas de la codorniz; y aquel llamamiento de las aves de paso le obligó á reconcentrarse en sí mismo.

Examinóse escrupulosamente y se sorprendió del sesgo que en algunas semanas habían tomado sus ideas.

Avergonzado de las preocupaciones que le distraían de sus penas, comprendió que la soledad es mala consejera y resolvió viajar.

Esperaba que el movimiento avivaría su dolor, conservándolo así más puro y más intenso, del mismo modo que se vuelve á encender una antorcha mal apagada agitándola al aire.

¡Ah! el hombre, sér ilógico, inconsistente y complicado, es tan impotente para prolongar su dolor como para prolongar su placer.

El río de la vida, donde todo se sumerge, se aniquila y se pierde, arrastra con la misma velocidad en su corriente nuestros esfuerzos y nuestras debilidades, nuestros goces y nuestros sufrimientos.

Al año siguiente, ne el mes de abril, en el camino que conduce de

Beaulieu á San Juan, paseábase Rogelio, llevando del brazo á una preciosa rubia, hermosa y elegante, cuyos ojos garzos le provocaban la adorable embriaguez del amor naciente.

Mientras Rogelio, consagrado exclusivamente á las delicias del momento actual, no se acordaba ya de la pobre muerta, oyó de nuevo el canto de la codorniz, ese llamamiento al amor que las aves de paso lanzan periódicamente al espacio.

Rogelio se detuvo y sintió un escalofrío, que lo hizo estremecer de pies á cabeza. Parecíale ver surgir ante sus ojos el fantasma de Elena, murmurándole con triste voz: "¡Acuérdate, Rogelio; acuérdate de tus palabras!"

—Qué tienes?—preguntó la rubia á su amante.—En qué piensas?

—Nada, hermosa mía—le contestó—la brusca traslación del sol á la sombra me ha producido una sensación de frío....

Habíase realizado la predicción de Elena; habíase consumado el crimen del olvido, y el canto de la codorniz llevábase consigo, á través de los olivares, el juramento hecho á la muerta.

ANDRÉS THEURIET.

BYRON EN LA BACANAL.

Es la alta noche. La ciudad fantástica.
Con sus torres y alcázares labrados
Cual florentinas joyas, duerme envuelta.
En la más densa oscuridad. Tan sólo
Fulgura en las tinieblas de la noche,
Como alegre sonrisa de una hermosa.
A través de tupido y negro velo,
Una góndola azul, iluminada
Con antorchas y globos de colores.

En el esquife suenan voces, risas
Y canciones de amor. La pintoresca
Góndola es el magnífico teatro
De loca bacanal. Sueño parece,

Fruto de la exaltada fantasía
De un poeta oriental, la deslunbrante
Fiesta que ríe en las calladas ondas.

Bajo el dosel de púrpura y de oro
Y en torno de una mesa coronada
De resplandores y fragantes rosas,
Seis regias hermosuras de luciente
Cabellera estrellada de diamantes
Y otros tantos mancebos bulliciosos
Celebran un festín en el esquife.

Sobre la falda de crugiente seda
De una rubia beldad de ojos azules,
Que recuerda á la blanca Fornarina,
Gallardo joven tiene reclinada
La cabeza gentil.—¡Que hable el poeta!
Que entone el Lord una canción de amores!—
Dicen las diosas de la fiesta báquica.
E irgiéndose de pronto aquel mancebo
De ojos rediantes y cabeza olímpica,
Y tomando una copa fabricada
Con un cráneo montado en oro y perlas,
Así exclama con voz clara y vibrante:

“Como el rey Jorge IV que vivía
Entregado á las fiestas bulliciosas,
Olvidando entre impúdicas hermosas
La oculta pena que su pecho hería,
Así mi coacción vivir ansía!

Dádmelo vino! ceñid mi sien de rosas
Y acariciadme tiernas y amorosas,
Estrellas fulgurantes de la orgía!

Así quiero vivir; y cuando muera
Fabricad mi ataúd con la madera
De vuestro dulce bandolín sonoro;
Y colocad sobre mi cuerpo helado
Un sudario magnífico formado
Con vuestros chales de brocado y oro!”

Mientras los comensales aplaudían
Este erótico canto, el Lord sublime
Apurando febril hasta las heces
El áureo vino en la siniestra copa,
Desplómose embriagado por el suelo,
Rodando su corona de poeta,
Su corona de estrellas inmortales
A los pies de infamadas meretrices

MANUEL REINA.

SUB LUMINE SEMPER.

Á J. ANACLETO CASTILLÓN.

Aquí, al alcance de mi mano, se-
mi oculto por un montón de periódicos,
revistas extranjeras, recortes,
apuntes y cuartillas á medio
llenar, yace el libro *nuevo*, todavía
sin abrir, intacto, tal como lo arro-
jé una noche, con la intención firme,
alegre, de encararme con él al
otro día. Y ya han pasado muchos,
y el querido huésped permanece
aún en el abandono del espíritu,
inmóvil, en silencioso reproche,
lastimado con mi indiferencia,
triste con mi olvido.—Son estrofas
de un poeta amado, muchos pedazos
de vida concentrados en algunas
páginas, fragmentos de dolores
y rayos de esperanzas unidos por
el hilo invisible de una inspiración
robusta y comprensiva.—En la alta
noche, cuando todo calla, parece
como que de aquel volúmen se
eleva un himno sonoro y vibrante,
una armonía de colores, una irradiación
de notas: es el sollozo que surge
de una pálida tumba abandonada.

Aquel libro tiene para mí todas
las alegrías y todos los tormentos
de un paraíso siempre lejísimo, cuando
más cercano: son mías esas horas
de felicidad, que nunca, tal vez,
podré vivir; allí están, en mi poder,
me basta extender la mano, romper
con el puñal de marfil las frágiles
alitas que ocultan sus secretos
....—¡Cuántas veces he dicho: esta
noche! Y he esperado la ausencia
de la luz, con el ansia curiosa
de una cita de amor. Y luego, ronda
negra de espectros que se interpone,
letales hastíos, cansancios infinitos,
desalientos invencibles, haciéndome
presa, afianzándose en mi espíritu,
precipitándose quién sabe en cuáles
dantescas simas, muy profundas,
muy sombrías, en las que rodaba
de tumbo en tumbo.

como águila herida por un rayo de sol.—Buen amigo, fiel y silencioso, cuántas veces he faltado á tu cita! Mientras tú, centinela de mis largas veladas de lucha, has debido reírte interiormente, con carcajada irónica, al verme flanear al rededor de la *Memoria* de un estado ó rebuscar períodos de incisiva elocuencia con que dar relieve á un suelto de gacetilla. ¡Oh, tú, mi buen amigo! Hoy no puedo acercar á mis labios la copa que me brindas, en que has disuelto perlas y flores; no es la hora del banquete: espera, espera, espera un día aún, espera siempre, en tu quietud triste y silenciosa, mi fiel, mi amado, mi doloroso olvidado á quien no olvido.

Cada vez que la prensa diaria, en su *cliché* obligado, me anuncia que algún joven, naciente poeta, ha ido á anidar bajo el alero de una hoja política, llevo mi recuerdo á aquel libro, á aquel libro nuevo que ha envejecido al alcance de mi mano, semi-oculto por un montón de periódicos, revistas extranjeras, apuntes y cuartillas á medio llenar y que yace todavía sin abrir, intacto, tal como lo arrojé, una noche, con la intención alegre de encaramarme con él al otro día. Yo iría al encuentro de este nuevo hermano, me abrazaría á sus rodillas y le diría: Tú tienes fe, tu espíritu está inundado de luz, tu corazón está hecho para amar, y de un golpe, de un solo cruel golpe, vas á arrojar tus fuerzas, tus energías, tus ideales, tus noches de claros de luna, tus rosadas auroras, tus horizontes de cielo azul, tus serenatas, á este mónstruo que todo lo devora, que nunca está ahito, que desgasta actividades y que tritura cerebros en su rodaje eterno y en su eterno arrollamiento. Pero el joven poeta me contestaría: ¿Y qué? Ya sé que hay algo bello en este

mundo: amar; pero sé también que hay algo indispensable: vivir. Amar es hermoso; vivir es necesario. Es triste que la estatua se convierta en muñeco de barro y la luz en sombra; pero hay un hombre que se llama el sastre, hay un hombre que se llama el fondista; hay algo más que todo esto: hay una casita, allá, en un suburbio, en donde esperan unas cabecitas rubias.... —¡Olvida, poeta, tus horizontes de cielo azul y tus noches de claros de luna!—Y tú, mi bueno, mi silencioso amigo, que yaces entre recortes y cuartillas, no rías interiormente con tu irónica carcajada, al verme flanear al rededor de la *Memoria de un Estado* ó rebuscar períodos de incisiva elocuencia con que dar relieve á un suelto de gacetilla, ¡oh, tú mi buen amigo! hoy no puedo acercar á mis labios la copa que me brindas, en que has disuelto flores y perlas; no es la hora del banquete: espera, espera un día aún, espera siempre, en tu quietud triste y silenciosa, mi fiel, mi amado, mi doloroso olvidado á quien no olvido!

CARLOS DÍAZ DUFÓO.

Los dos Crepúsculos

I

AMANEZCER

Abrió su cáliz la naciente aurora, como una flor en búcaro de grana; y al sonreír, sobre la mar lejana se disipó la luna soñadora.

Los verdes prados que el abril colora se ciñeron la frente soberana, de esas perlas que lleva la mañana en el rubio cendal que se evapora.

Rasgó el Oriente su rosado velo;
lanzó la tierra su cantar sonoro,
y huyó la noche con medroso vuelo.

Vertió la luz su virginal tesoro,
y sus pupilas al mostrar el cielo,
¡se deslizó una lágrima de oro!

II

ANOCHECER

La tarde huyó como invertida aurora
arrastrando su túnica de fuego,
y fué extendiendo por los campos luego
el crespón de la noche soñadora.

Los verdes prados que el abril colora
entregaron su espíritu al sosiego,
y volvió de los montes el labriego
echando al aire su canción sonora.

Vibraron en los valles las esquilas,
el grillo preludió bajo la mata,
y las auras quedáronse tranquilas.

Plegó la luz sus velos de escarlata,
y al apagar el cielo sus pupilas,
¡rodó una perla de brillante plata!

SALVADOR RUEDA.

MISCELANEA.

JORGE ISAACS, el sentimental autor de "María", el infortunado pero simpático Efraím de aquel idilio tiernísimo, acaba de fallecer en Obagué, el 17 de este mes.

Las letras americanas están de luto: lamentan unánimemente la eterna desaparición de uno de sus más dignos y prestigiados representantes.

"La Juventud Salvadoreña", hondamente impresionada por tan infausta noticia, se inclina con reverente admiración ante la memoria del genio que acaba de emprender el vuelo hacia la Eternidad.

MR. AUGUSTO BOUINEAU.—La sociedad sansalvadoreña y la colonia francesa han sido pesorosamente conmovidas por el fallecimiento (ocurrido el día 11 del mes actual) de este ilustre académico y honorable caballero que tan generosamente dedicóse en nuestro país á la instrucción de la juventud y al cuidado de los huérfanos y de los desvalidos. Filántropo y progresista como el que más, Mr. Bouineau supo captarse, por su ilustración, su honradez y sus valiosos servicios, el cariño y reconocimiento de El Salvador, su segunda patria.

Respetuosamente presentamos á la estimabilísima familia Bouineau, la expresión de nuestra sincera condolencia por tan sensible é irremediable pérdida.

"REVISTA JURÍDICA".—Correspondemos atentamente al saludo de este ilustrado é interesante órgano de la "Sociedad de Jurisprudencia"; deseando á ésta muchos y muy brillantes triunfos en su nobilísima labor.

A TODOS los Socios Corresponsales de "La Juventud Salvadoreña", nos permitimos recordarles la estricta é ineludible obligación en que están de colabrar mensualmente en las columnas de esta Revista; de conformidad con los artículos 4º y 44 de los Estatutos de nuestra Sociedad.

DIPLOMAS.—El Socio Corresponsal que aun no haya recibido su Diploma correspondiente, puede reclamarlo á la Secretaría.